



José M. Bustos Gisbert y José J. Gómez Asencio (eds.) (2014): *Procedimientos de conexión discursiva en español: adquisición y aprendizaje*. Volumen 18 de la colección *Fondo Hispánico de Lingüística y Filología*, dirigida por Juan Pedro Sánchez Méndez y M^a. Teresa Echenique Elizondo. Bern: Peter Lang, 347 pp.

LA LINGÜÍSTICA DE las últimas décadas, sobre todo desde la publicación de la obra de Schiffrin (1987), ha prestado una especial atención a los denominados *conectores* o *marcadores discursivos*, una categoría que se sitúa entre la gramática y la pragmática. El estudio sistemático de este conjunto de unidades de naturaleza morfológica diversa ha venido a poner de manifiesto, entre otros aspectos, la necesidad de rebasar la frontera oracional en el análisis gramatical si queremos comprender mejor cómo funciona el lenguaje y cómo se producen sus procesos de adquisición y aprendizaje (Loureda Lamas-Acín Villa 2010). En este contexto, el volumen editado por Bustos Gisbert y Gómez Asencio, correspondiente al número 18 de la colección *Fondo Hispánico de Lingüística y Filología* de Peter Lang, supone una novedosa y necesaria aportación en el ámbito de la lingüística textual hispánica, no sólo por sus interesantes contribuciones en el plano teórico, sino también por su utilidad en una parcela concreta de la lingüística aplicada: la didáctica del Español como Lengua Extranjera (ELE).

Procedimientos de conexión discursiva en español: adquisición y aprendizaje se inscribe, de hecho, en el marco de un proyecto de investigación que persigue esta doble orientación. Ello se ve reflejado, a su vez, en la estructuración del libro, pues los ocho capítulos que lo componen se reparten de forma equilibrada en dos grandes secciones. Así, en *Fundamentos* se introduce el tema y se aportan claves conceptuales desde aproximaciones teóricas novedosas, mientras que en el *Análisis* se presentan varios estudios empíricos, basados en datos de corpus, sobre el uso de la conexión textual escrita en hablantes nativos y en aprendices de ELE. Nos encontramos, por tanto, ante una obra colectiva que constituye, en palabras de los propios editores, el «resultado de tres años de trabajo con textos reales, con corpus de español y de ELE, con gramáticas del español y con manuales de ELE» (p. 11).

En la tradición gramatical hispánica el estudio de los marcadores del discurso ha recibido una considerable atención y estos han sido analizados mediante enfoques teóricos diversos (Loureda Lamas-Acín Villa 2010: 16-29). Disponemos así de un buen número de trabajos dedicados a definirlos y categorizarlos, pero existe, en cambio, un considerable vacío con respecto a su función y su rendimiento en el uso. Con el objetivo de dar un paso inicial en esta dirección, Bustos Gisbert presenta en el primer capítulo («Algunas precisiones en torno a la conexión discursiva y a los conectores textuales») un trabajo de reflexión teórica en el que adopta una perspectiva discursiva para abordar tanto el problema conceptual y terminológico como la raíz de las divergencias existentes en las clasificaciones disponibles. Realiza incluso alguna aportación teórica novedosa, como su propuesta de la existencia de *archiconectores*, que define como «aquellas unidades capaces de generar desde su valor de núcleos conectores haces de variantes que plantean un modelo conectivo similar» (p. 26).

Los lingüistas han debatido extensamente en torno a las propiedades formales de los conectores, especialmente sobre su supuesta independencia sintáctica e invariabilidad. Sin embargo, Bustos Gisbert considera que esta preocupación por definirlos morfosintácticamente es, quizás, excesiva, puesto que la perspectiva discursiva es la única que permite describirlos de manera homogénea: si los conectores son una categoría discursiva, debemos prestar atención a sus funciones en este plano. Desde esta posición, que permite superar las estériles discusiones terminológicas, los conectores se distinguen por su capacidad conectiva, una función que comparten diferentes unidades morfosintácticas con diversos grados de gramaticalización, por lo que no siempre es fácil identificarlos con claridad. Además, este enfoque, como Bustos Gisbert defiende, nos permite observar «tres niveles de conexión susceptibles de combinarse entre sí»: deíctico, lógico y discursivo (p. 40). Por ello, propone una clasificación tripartita de enlaces (p. 45) que servirá de base a los estudios empíricos que se presentan en la segunda parte de la monografía.

Una aproximación similar la realizan Amores Sierra y Gómez Asencio en el capítulo 2 para abordar «El componente discursivo de los relacionantes locativos». En primer lugar, describen cómo estas unidades se gramaticalizan hasta convertirse en marcadores discursivos, demostrando que funcionan más allá del ámbito oracional y que, por consiguiente, tienen que ser estudiados desde la perspectiva textual y discursiva. A continuación, proponen un modelo de análisis discursivo en el que los relacionantes locativos actúan, desde este punto de vista, como mecanismos de referencia doble: exofórica y endofórica. Ponen entonces el foco sobre la referencia endofórica y observan que, además de la pura conexión espacial, estas unidades

poseen capacidad de organización textual, en cuyo caso su funcionamiento «se relaciona con la interpretación metafórica del texto como objeto de localización» (p. 80).

En el capítulo 3 («Apuntes para la gramatización de los ahora llamados ‘conectores (discursivos, textuales)’: del XV al XX»), Gómez Asencio y Martín Gallego ofrecen al lector un concienzudo trabajo de rastreo conceptual de la noción de *conector* en las gramáticas españolas. En concreto, observan su tratamiento en un centenar de tratados que van desde la *Gramática sobre la lengua castellana* de Nebrija (1492) hasta la de Juan Moneva y Puyol (1925), para lo que han acudido sobre todo a los apartados dedicados a la *conjunción* y, en menor medida, al *adverbio*. Este repaso muestra claramente que, en origen, la clase *conjunción* estaba caracterizada a partir de su doble funcionalidad: valor conectivo y valor organizador-ordenador; pero en las gramáticas españolas, como en la mayor parte de las europeas, se dio prioridad, cuando no exclusividad, a la primera función. Aquí radican la mayor parte de las discrepancias entre los gramáticos a la hora de describir y categorizar las diversas conjunciones y adverbios, pues muchos percibían valores discursivos más allá de los puramente conectivos. Por ello, la *conjunción* de las gramáticas tradicionales no se corresponde ni con la *conjunción* de la sintaxis actual ni con los *conectores* del análisis del discurso. La novedad de la lingüística contemporánea, pues, no radica sólo en haber dado cabida a los *conectores-marcadores*, sino también en su tratamiento de las conjunciones: al relegarlas al ámbito sintáctico oracional, se pudo desarrollar una teoría no-oracional de conectores que posibilitó la recuperación de algunas unidades que habían quedado excluidas de la categoría conjuntiva en las teorías sintácticas modernas.

La primera parte de la monografía finaliza con el trabajo de Javier de Santiago Guervós, que en el capítulo 4 presenta unas interesantes «Reflexiones teóricas sobre la didáctica de la conexión discursiva». Las confusiones terminológicas y conceptuales que rodean a los conectores se acrecientan en los manuales de ELE, que suelen recurrir a la combinación de criterios gramaticales y discursivos en su descripción y explicación. La observación detallada de dos manuales concretos, el *Aula* (para los niveles A1-B2) y *El Ventilador* (nivel C1) —con la mención esporádica de algún otro—, lleva al autor a concluir que en el tratamiento de los conectores «se aprecia cierto caos en la presentación pedagógica de los mismos, la elección de los marcadores, en la propia definición teórica, en la ubicación, etc.» (p. 140). Por ello, propone partir de la definición de la RAE de *conector discursivo*, lo que evita confundir las perspectivas textual y gramatical-oracional, y demanda unificar criterios a la hora de decidir qué conectores, y en qué nivel de aprendizaje, han de aparecer tanto en las explicaciones teóricas como en los ejercicios prácticos.

La segunda sección del libro, dedicada al *Análisis*, es de nuevo iniciada por Bustos Gisbert, que presenta en el capítulo 5 un estudio sobre «El uso de conectores en hablantes nativos de español» con el fin de que pueda actuar como grupo de control en los capítulos posteriores. Para ello recurre a 832 textos —430 expositivos y 402 narrativos— extraídos del *Corpustrad*, que está compuesto por más de 3.000 redacciones realizadas por estudiantes matriculados en el primer curso de Traducción e Interpretación de la Universidad de Salamanca. El autor encuentra que los textos expositivos muestran un mayor grado de explicitación de la conexión y que en ambos géneros la mayoría de los conectores son formalmente conjunciones. Tras identificar el número de conectores y los subtipos dominantes en cada tipo de texto, compara los resultados obtenidos, lo que le permite proponer una clasificación de los conectores en hablantes nativos según su frecuencia de uso (pp. 188-189).

Tomando como referencia este grupo de control, los dos siguientes capítulos ponen el foco en el uso de los conectores en aprendices de ELE en un nivel B2, manejando una metodología de análisis similar. Así, ambos estudios acuden al corpus *Espalex*, que les proporciona muestras escritas —cartas, relatos y textos de opinión— de aprendices de ELE, y se centran en estudiantes cuyas lenguas maternas son el inglés (241 textos), el portugués (245) y el italiano (243). Partiendo de estos datos, en el capítulo 6 («El uso de los conectores en aprendices de español: análisis cuantitativo»), Bustos Gisbert, Sánchez Iglesias y Torijano Pérez presentan los resultados obtenidos en el análisis cuantitativo. Primero observan la frecuencia de los conectores y su naturaleza morfológica, hallando resultados similares en los tres grupos de aprendices, aunque se perciben diferencias interesantes si se atiende a los géneros textuales en que aparecen. Como sucedía en el caso de los hablantes nativos, encuentran que las conjunciones son la categoría preferida para manifestar una conexión explícita. De hecho, atendiendo a las formas concretas, comprueban que hay veinte unidades que acumulan el 70% de las conexiones en los tres grupos, de las cuales doce tienen presencia en todos, destacando, por su elevada frecuencia, *pero* e *y*.

Para valorar el número de enlaces distintos en cada grupo o subgrupo de conectores recurren a un *índice de convergencia* (p. 212), con lo que identifican: (i) enlaces de convergencia elevada (aditivos y contraargumentativos), (ii) enlaces de convergencia media (reformuladores y enlaces de base causal) y (iii) enlaces de convergencia alta (ordenadores discursivos, temporales y espaciales). Este patrón general presenta pequeñas diferencias en función de la lengua materna de los aprendices por lo que, a continuación, analizan con detalle cómo se comportan anglos, ítalos y lusos en su utilización de cada subtipo de conectores. A partir de este análisis pormenorizado establecen un paradigma de unidades de conexión manejadas por los aprendices de ELE

en el nivel B2 y según su origen lingüístico, resultados que disponen en un cuadro en el que incluyen los obtenidos con nativos (pp. 235-236). Proponen, igualmente, un paradigma general en el uso de los conectores en aprendices de ELE, distinguiendo tres niveles de unidades en función de su frecuencia de uso y de su presencia en los tres grupos de aprendices analizados (pp. 238-239).

Estos resultados se complementan con los del capítulo 7 («El uso de conectores en aprendices de español: relatos y textos de opinión»), en el que Sánchez Iglesias y Torijano Pérez analizan el empleo de los conectores teniendo en cuenta el tipo de texto en que aparecen para realizar un estudio comparativo. Así, en los relatos observan una clara diferencia entre dos grandes bloques: los temporales, contraargumentativos, aditivos y causales, que son los más frecuentes, y los espaciales, discursivos y reformuladores, con menos presencia. Atendiendo a los conectores concretos, con el fin de valorar cuáles se vinculan a una determinada lengua materna y en qué circunstancias, apuntan al concepto de *distribución irregular por lenguas* en la mayor parte de los grupos. En cuanto a los textos de opinión, en los que los conectores aparecen con mayor frecuencia y precisión, en general se observa un uso similar al de los hablantes nativos, una tendencia que se repite atendiendo a la preferencia por subgrupos.

La monografía se cierra con el capítulo 8 («Problemas en el uso de conectores por aprendices de español»), en el que Bustos Gisbert, Sánchez Iglesias y Torijano Pérez valoran los resultados obtenidos para tratar de obtener una imagen de las posibles dificultades que los conectores pueden suponer para los aprendices de ELE. Los datos indican que el porcentaje de precisión de los aprendices con estas partículas en su expresión escrita está en torno al 82%, si bien se perciben ciertas diferencias en función del origen lingüístico del aprendiz y de la naturaleza discursiva de los textos. El nivel de error es superior en los anglófonos, por lo que lusófonos e itálfonos parecen disfrutar de procesos de transferencia positiva. Los principales problemas, en general, surgen con el uso de conectores causales y ordenadores discursivos, seguidos de los temporales y los aditivos. Dado que se observan diferencias en función de la lengua materna, se analizan con detalle los errores más frecuentes en los tres grupos de aprendices atendiendo al tipo de conector y, a continuación, se ofrecen posibles explicaciones al respecto. Los autores distinguen dos tipos de errores generales: (i) reasignación de funciones y (ii) reconfiguración formal de los enlaces, que se produce a través de cuatro procesos: simplificación del enlace, propuesta de una variante que afecta al uso de las proposiciones que se combinan en su construcción, reinterpretación completa del mismo y fusión de dos enlaces en uno. Esto les permite elaborar tres cuadros sobre los errores más frecuentes en aprendices de ELE en

función de si su lengua materna es el inglés (p. 318), el portugués (pp. 320-321) o el italiano (pp. 322-323). Cada uno de estos cuadros va acompañado, a su vez, por una segunda tabla en la que se destacan los errores que se deben a fenómenos de transferencia negativa, que son los más habituales.

Como se deduce de lo expuesto, los resultados obtenidos en el análisis han sido recogidos en diversos cuadros a lo largo de la monografía, con los que se persigue identificar desde los conectores con mayor rentabilidad hasta los errores más habituales cometidos por los aprendices, por lo que su utilidad para el diseño de estrategias pedagógicas es evidente. La incorporación de un índice temático, que permitiera la rápida localización de una tabla determinada o de un conector en concreto, habría sido un complemento perfecto, si bien su ausencia puede deberse a decisiones de la propia editorial. Así pues, nos encontramos, en nuestra opinión, ante una referencia necesaria en la lingüística hispánica y un material imprescindible para los profesionales del ámbito del ELE, en el que, salvo contadas excepciones (Martí Sánchez-Fernández Gómiz 2013), el tema de los conectores no se ha tratado con la debida profundidad. Pero además de las aplicaciones prácticas, el trabajo realiza interesantes aportaciones a nivel teórico, como por ejemplo el concepto de *archiconector* o la propuesta de una clasificación de enlaces desde una perspectiva discursiva. Los ocho capítulos que componen el libro, estructurados de forma equilibrada y ordenados adecuadamente, toman como base esta taxonomía, una decisión que otorga coherencia al trabajo y permite al lector mantener constantemente una visión de conjunto. No obstante, esto hace que la lectura de la segunda sección quizás resulte, en ocasiones, repetitiva, lo que se compensa con la profundidad alcanzada en los pormenorizados análisis a los que se someten los diferentes subgrupos de conectores.

En definitiva, consideramos que *Procedimientos de conexión discursiva en español: adquisición y aprendizaje* es una referencia obligada no sólo para los profesionales de la enseñanza de ELE, sino también para todos aquellos interesados en la naturaleza, usos y funciones de estas unidades, los *marcadores discursivos* o *conectores*, que tanta atención han despertado en las últimas décadas entre los lingüistas. Los autores han cumplido sobradamente con el objetivo que se habían marcado, «profundizar en el estudio de la conexión discursiva en dos grandes niveles» (p. 7). Por un lado, han puesto orden y han abierto nuevos caminos en el plano teórico —por ejemplo, en el de los relacionantes locativos— y, por el otro, han presentado interesantes datos de corpus relativos a cómo, cuándo y con qué frecuencia recurren los hablantes, tanto nativos como aprendices de ELE, a los conectores discursivos a la hora de redactar un texto.

BIBLIOGRAFÍA

- Loureda Lamas, Óscar-Esperanza Acín Villa (2010): «Preámbulo: Cuestiones candentes en torno a los marcadores del discurso en español», in *Los estudios sobre marcadores del discurso en español, hoy*. Madrid: Arco Libros, pp. 7-60.
- Martí Sánchez, Manuel-Sara Fernández Gómiz (2013): *Los marcadores discursivos: para estudiantes y profesores de Español como Lengua Extranjera*. Madrid: Edinumen.
- Schiffrin, Deborah (1987): *Discourse Markers*. Cambridge: Cambridge University Press.

▪ IVÁN ENRÍQUEZ MARTÍNEZ